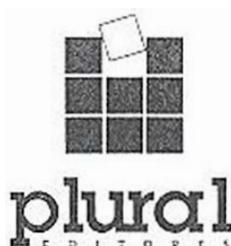


Beltrán S., Luis Ramiro (1998) **El oficio y la nación: Premio Nacional de Periodismo**. En: *Con la tinta de imprenta en las venas: memorias de papel sábana*. La Paz, Plural Editores. pp. 49-64.

Colecc. LR Beltrán
PP-AII-017

Memorias de papel sábana Con la tinta de imprenta en las venas

Luis Ramiro Beltrán Salmón



Pintura de la contratapa: Heidi Schmidt, 1981;
gentileza de Samuel Mendoza.

© Luis Ramiro Beltrán Salmón.

© Plural editores / CID, 1998.

Cuidado de edición: José Luis Exeni R.

ISBN 84-89891-45-1

D.L.: 4-1-198-99

Producción:

Centro de Información para el Desarrollo - CID

Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador

Teléfono 411018 / Fax.: 411528, Casilla 5097, La Paz - Bolivia

Email: plural@caoba.entelnet.bo

Impreso en Bolivia

Premio Nacional de Periodismo*

EL OFICIO Y LA NACIÓN

¿Qué siente uno cuando se le brinda algo tan preciado como el Premio Nacional de Periodismo? Me han hecho esta pregunta varias veces en estos días. Y mi respuesta ha sido que siento sorpresa, alborozo y gratitud.

Siento sorpresa porque, aunque he tenido ya el privilegio de algunas distinciones, nunca espero ganar torneo alguno, acaso porque no tengo temple de competidor. Y siento particular alborozo al recibir este premio porque me lo brindan mis hermanos bolivianos y mis colegas periodistas. Me hace feliz el ser ciudadano de Bolivia y me halaga muy de veras el reconocimiento que ahora se otorga a mi otra condición irrenunciable: la de periodista.

Circunstancias fortuitas pero afortunadas hicieron de mí un especialista en comunicación educativa para el desarrollo y me llevaron a trabajar en ello en el exterior. Estuve así largos años fuera de Bolivia pero nunca lejos de ella. Y, desde que comencé en *La Patria* de Oruro a los 12 años de edad como aprendiz de reportero, hasta hoy que ya milito en las filas del “Bonosol”, no he dejado de ejercer –en un grado u otro y en diversas formas– el más lindo de todos los oficios.

* Palabras del autor al recibir de la Asociación de Periodistas de La Paz el Premio Nacional de Periodismo 1997, acto realizado en el Teatro Modesta Sanjinés de la Casa de la Cultura, La Paz, el día 5 de diciembre de 1997. Este discurso fue ampliamente difundido y comentado en los medios de comunicación del país.

Trabajé en *La Razón* de La Paz hasta que resultara silenciada en el vendaval revolucionario del 52. Y, entre varios otros menesteres de prensa, tuve inclusive, por algo más de un año, un semanario humorístico llamado *Momento*. Hijo de periodistas como soy, debo haber llegado al mundo –como dicen– “con la tinta de imprenta en las venas” porque sigo tocando a menudo y con pasión los teclados que anuncian cotidianamente al alba.



El presidente de la Asociación de Periodistas de La Paz, Mario Maldonado, entrega en público a Luis Ramiro Beltrán el Premio Nacional de Periodismo 1997.

Gratitud y dedicatoria

Gracias, pues, queridos compañeros de la Asociación de Periodistas de La Paz –de la que soy miembro desde 1953– por honrarme con su máximo lauro que tanto me enaltece. Gracias en particular a sus esclarecidos dirigentes y a los miembros del jurado que tan noblemente me distinguieron con su preferencia. Gracias a quienes fraternalmente postularon mi nombre al certamen: mis colegas periodistas del diario *Presencia*, mis colegas docentes del SECRAD de la Universidad Católica y mis colegas investigadores del Centro Interdisciplinario Boliviano de Estudios de la Comunicación. Gracias a las entidades que resueltamente apoyaron mi candidatura, como el Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz, la Carrera

de Comunicación de la Universidad Católica de La Paz y la Radio FM-Color. Gracias a todos ustedes por darnos en este momento su cálida compañía a los beneficiarios de la generosidad de la Asociación de Periodistas de La Paz. Y gracias también por su apoyo espiritual de muchos años a mi mejor amiga, sagaz consejera y sin par colaboradora, Nora Olaya, mi amada esposa colombiana.



Beltrán, jubiloso, con su esposa Nora Olaya, de Colombia.

Antes de compartir con ustedes algunas inquietudes, séame permitido dedicar el premio que ahora atesoro a la memoria de mis padres: el periodista orureño Luis Humberto Beltrán y la periodista paceña Betshabé Salmón. El murió en combate en la infausta Guerra del Chaco cuando yo tenía cuatro años de edad. Debo, pues, todo al amor, al talento y al sacrificio de mi madre. Desde una dulce infancia hasta la mejor formación posible. Desde saber reír hasta no poder odiar. Desde amar el arte de escribir hasta luchar por la verdad, la justicia y la libertad. Y desde lograr títulos profesionales hasta disfrutar de maravillosos galardones como éste. Por eso he abusado de la indulgencia de ustedes para recordar a doña Becha con devoción y gratitud inefables en este áureo y entrañable instante de mi vida.



Luis Humberto Beltrán



Betshabé Salmón

La situación nacional

¿Cómo se ve a Bolivia en la era del neoliberalismo globalizador desde los atalayas de la prensa en la antesala del nuevo milenio? Se la ve como un país que afortunadamente ha sabido recobrar la democracia, pero que infortunadamente no ha logrado aún implantar la justicia. Como un país con libertad, pero sin equidad.

- Un país felizmente exento de golpes militares, guerrilla o terrorismo, pero agobiado por hambre y desempleo.
- Un país sin presos políticos, pero también sin buenos caminos ni agricultura próspera ni fuertes industrias.
- Un país sin exiliados, pero también sin suficientes escuelas y con elevado analfabetismo.
- Un país con elecciones limpias, pero con una economía teñida por el narcotráfico, por la delincuencia convertida en modo normal de subsistencia para algunos y por el contrabando generalizado e impune.
- Un país con políticos que están aprendiendo a ventilar sus diferencias por diálogo sereno, pero que registra todavía tasas de mortalidad materno-infantil de las más altas de la región.
- Un país en que la población sigue aumentando más rápidamente que la producción de alimentos para sustentarla.
- Un país con libertad de prensa, pero sin viviendas, agua potable y alcantarillado para la mayoría del pueblo.
- Un país que, mientras la pobreza aflige al 70% de su gente, permite que exiguas minorías disfruten cada vez de más poder concentrando ingresos, evadiendo impuestos y acaparando créditos.
- Un país en que, en tanto que centenares de jóvenes ciudadanos se arrebatan por consumir hamburguesas importadas, millones de campesinos, especialmente los autóctonos, padecen condiciones de infrahumana sobrevivencia.
- Un país con indicadores macroeconómicos ensalzados por omnipotentes banqueros del exterior mientras el pueblo raso paga en miseria exacerbada –y en desesperanza acaso explosiva– el precio de los “ajustes estructurales”.
- Un país al que los ajenos mutilan y los propios maltratan.
- Un país en que la corrupción ha llegado a envilecer a un número creciente de personas de todos los estratos de la sociedad. A gobernantes y opositores, a jueces y parlamentarios, a empresarios y sindicalistas, a policías y militares. Y hasta a instituciones otrora irreprochables como la Iglesia y, mal que nos pese, la propia prensa.
- Y un país, en fin, en el que, evidentemente, no sin razón, la juventud –el “futuro de la patria”– no confía en los dirigentes, ve con escepticismo a las instituciones centrales de la sociedad y desdeña la actividad política.

Hay remedio



El ganador exhibe el trofeo ante la concurrencia al acto de su proclamación en diciembre de 1997 en La Paz.

Semejante situación es, sin duda, deplorable y preocupante. Pero no podemos tomarla por irremediable. Los bolivianos honorables, democráticos y equitativos son muchísimos más que los deshonestos, los autoritarios y los injustos. Así, afortunadamente, hay —sin duda— en el país la capacidad potencial para superarla. Pero no luce fácil el ponerla a funcionar, el mover la voluntad de la colectividad entera para hacerla cuajar a plenitud. A la vera del siglo XXI, el gran desafío para todos nosotros es, pues, el de consolidar y perfeccionar la democracia y

conciliarla con la equidad para sacar a nuestra nación del subdesarrollo. Y es que el destino de ella no puede quedar librado solamente a la ceguera inclemente de las fuerzas del mercado.

En este empeño redentor el periodismo está llamado a cumplir misión de avanzada. Tiene que alertar conciencias y desencadenar la energía patriótica de todos los ciudadanos para rescatar al país del atraso. Y tiene que devolver al pueblo la fe en un porvenir próspero y digno.

¿Estamos los periodistas en particular, y los demás comunicadores, conscientes del reto que debiéramos enfrentar? Y, si lo estamos, ¿somos aptos para cumplir esa misión a cabalidad?

La comunicación en Bolivia

Antes de sondear respuestas a esa inquietud, veamos siquiera a vuelo de pájaro algunos rasgos de la situación actual de la comunicación en el país. Y anotemos de entrada que ella ha venido cambiando considerablemente, en particular desde mediados de la década pasada.

El cambio mayor se registra en el número de medios de comunicación masiva disponibles, muy especialmente en los de naturaleza audiovisual. Desde que se rompió, ilegalmente, el monopolio estatal de la televisión, los canales privados han surgido hasta alcanzar el increíble nivel de alrededor de un centenar, caso tal vez único en el mundo. Y la proliferación desbordada de radioemisoras –casi todas de muy corto alcance– parece estar llegando a sobrepasar la cifra de 500. De unas 120 estaciones en 1980, se llegó en 1995 a cerca de 450 de ellas, y la cifra ha seguido subiendo desde entonces.

En ambos casos, pero muy marcadamente en el de la radio, el funcionamiento de tales empresas es ilegal en un alto porcentaje. Las radios que no son de propiedad privada comercial no llegan ni al medio centenar, incluyendo a las estatales, a las sindicales, a las educativas, a las religiosas y a las comunitarias, principalmente campesinas. Y, con cuando más una docena de excepciones, los canales televisivos son de propiedad privada y mercantil. El canal estatal que tenía hasta hace poco el mayor alcance territorial, gracias a la exclusividad de acceso al satélite geoestacionario que sirve a Bolivia, ha perdido ese privilegio al haber dado el gobierno paso en el espectro a señales de emisoras privadas. Ya se habla de la posibilidad de que resulte privatizado. Y se han consolidado y expandido recientemente redes de canales comerciales de televisión.

También ha habido crecimiento en el rubro de medios impresos, pero no en una escala semejante a la de los audiovisuales. Sin embargo, la ciudad de La Paz, que no pasa de 800 mil habitantes, cuenta con nada menos que seis diarios, de los cuales la mitad solo tiene entre diez y cinco años de existencia. Ciudades con cinco o más millones de habitantes, como Caracas, Bogotá y Santiago, no pasan de tener tres o cuatro diarios.

Pero la evolución importante en la prensa boliviana ha ocurrido en lo cualitativo, no en lo cuantitativo puesto que, inclusive, la mayoría de los diarios ha venido reduciendo sus tiradas en comparación con cifras

de mediados de la década anterior. El cambio ha tenido lugar muy ostensiblemente en lo físico: más páginas por edición, diseño más funcional, titulación más atractiva y, ante la competencia arrolladora de la televisión, más ilustración y mucho colorido. También se ha agilizado y armonizado la información, se está intentando hacer algo de periodismo investigativo por vía de reportajes especiales y se están atendiendo las preferencias de ciertos segmentos de público mediante suplementos, revistas y separatas especializadas en determinados temas. Por otra parte, ha aumentado la opinión personalizada por medio de columnas firmadas. Y, además, se ha producido una interesante igualación de calidad: hoy existen en casi toda la república diarios tan bien hechos y completos como antes solo habían en la sede de gobierno. Hay una prensa regional moderna de influencia a escala nacional.

Casi en su integridad, en Bolivia la propiedad de los medios masivos es privada y con fines de lucro. Y, como en el resto del mundo, esa propiedad está vinculada estrechamente a intereses financieros, políticos o confesionales. Pero acaba de producirse, además, por primera vez en este país, el fenómeno de propiedad de múltiples medios por un consorcio



*En el acto de entrega del premio
congratula a Beltrán el Vicepresidente de la República Ing. Jorge Quiroga.*

empresarial de comunicación. Tal fenómeno, conocido como oligopolio, consiste en que se concentren en las mismas manos diarios y revistas, canales de televisión y emisoras de radio. En algunos casos suelen agregarse a ello salas de cine, productoras de video, servicios de televisión por cable y, a veces, hasta agencias de publicidad e institutos de encuestas.

Por el excesivo poderío que suelen acumular, hay legislación prohibitiva de tales conglomerados en Estados Unidos de América y en Europa Occidental. Entre nosotros, en cambio, la normatividad es escasa. En comparación con las de otros países de la región, hay carencia de políticas y de legislación. Existen disposiciones quizás obsoletas y las hay incompletas o hasta contradictorias. Pero, más que eso, no se ha intentado siquiera formular sistemas normativos integrales y adecuados a la presente realidad de la actividad de comunicación. Y no hay concordancia entre disposiciones, por ejemplo, sobre telecomunicación física y las relativas a la comunicación social. En ausencia de normas suficientes, claras y armonizadas, prevalecen el libre albedrío y la conducta errática y caprichosa. Y, a veces, aun cuando hay normas, como en el caso de las que deben regular el desempeño de la radiodifusión, campean la desobediencia y la arbitrariedad.

Por último, han surgido en Bolivia, desde mediados de la presente década, servicios de telefonía celular, de comunicación telemática por redes internacionales de transmisión de datos a alta velocidad y hasta de recreación por aventuras en la “realidad virtual” que la electrónica fabrica.

Es evidente que a esos servicios solo puede acceder una exigua minoría urbana de gente culta y acomodada. Por contraste, en la realidad no virtual la gente pobre y escasamente educada –especialmente la campesina autóctona– carece aún en Bolivia de acceso suficiente a los medios de comunicación masiva más elementales. Así, mientras unos pocos millares de ciudadanos ostentan aparatos celulares y “navegan” por las rutas de Internet, la gran mayoría de los bolivianos no lee periódicos, muy pocos pueden ver la televisión y ni siquiera la radio llega al total de ellos.

La comunicación es, pues, todavía un privilegio de los menos en desmedro de los más. Lo es inclusive en términos de contenidos de los mensajes de los medios masivos. Orientados hacia las capas superiores de la sociedad urbana, ellos rara vez reflejan la vida de los de abajo. Aquel que no está en el mercado no existe como público. Los pobres hacen noticia solo cuando logran amenazar la estabilidad del sistema que los sojuzga.

Ese es, a grandes rasgos, el estado de la comunicación en Bolivia, una situación que no se compagina bien con los ideales democráticos y que, salvo por casos excepcionales, no contribuye a lograr el desarrollo nacional con equidad.



Recibe las felicitaciones de numerosos colegas suyos.

¿Hace el Estado en Bolivia algo para aliviar tal situación? Hace bien poco y no lo hace muy bien. Los medios de comunicación de propiedad gubernamental son muy escasos, pobres en recursos humanos y financieros y carentes de políticas, estrategias y planes que los orienten hacia la eficacia. Ello se debe principalmente a que los dirigentes políticos no aquilatan la naturaleza instrumental de la comunicación educativa para el desarrollo. Gobernantes u opositores, la mayoría de ellos solo percibe la utilidad de la comunicación como arma coyuntural de propaganda, no como servicio técnico desinteresado y continuo a la comunidad. Dos hechos recientes y concomitantes ilustran claramente esto. En el gobierno anterior se estableció un Ministerio de Comunicación Social, pero éste no supo cumplir las misiones que la ley le encomendó. En el gobierno actual se suprimió ese ministerio sin explicación alguna. Y en uno y otro caso, la única función de comunicación

asumida por las autoridades ha sido la de publicidad política coyuntural. La comunicación educativa no figura en los planes gubernamentales para el desarrollo.

Nuestro desafío

Hay mucho, pues, por hacer en Bolivia para optimizar la comunicación de manera que sea plenamente útil para ayudar a gobernantes y gobernados a conjugar la construcción democrática con el logro de la equidad que le es consustancial. Pero, para comenzar, los periodistas podemos preguntarnos hoy, en un nuevo aniversario de la fundación de la entidad profesional que nos acuerpa, qué deberíamos hacer para habilitarnos a cumplir nuestra misión de auxilio al rescate de la patria.



Leyendo el discurso que se transcribe completo aquí.

Creo que, en lo esencial, son tres las cosas que podemos y debemos hacer para potenciarnos en lo ético, en lo técnico y en lo espiritual. La primera es robustecer a ultranza la rectitud de conducta. La segunda es acrecentar la idoneidad. Y la tercera es cultivar la modestia. Por supuesto, es deseable hacer todo ello en conjugación.

a) *La rectitud de conducta*

La rectitud de conducta es la condición indispensable y neurálgica para el ejercicio de una profesión socialmente tan delicada como es el periodismo. La prensa boliviana del pasado fue deficiente en lo técnico pero, por lo general, firme en lo ético. En la actualidad, sobre todo en los tres últimos lustros, la técnica ha mejorado mucho pero la ética se ha venido deteriorando considerablemente. Existe hoy una creciente preocupación entre los profesionales de nuestro periodismo por esta maligna tendencia. Entre las conductas que se señalan reprobatoriamente están estas:

- Que los periodistas reciban dádivas de las instituciones con las que están más vinculados y que acepten agasajos y favores interesados.
- Que los periodistas asignados a determinadas instituciones, entendidas como fuentes de información, acepten subsidios monetarios que comprometan su imparcialidad y pongan en riesgo su integridad moral.
- Que los periodistas acepten cualquier forma de prebenda o canonjía específicamente para favorecer a alguien indebidamente o para perjudicar a alguien injustificadamente.
- Que los periodistas que ejercen funciones directivas en sus agrupaciones profesionales o gremiales desempeñen cargos públicos que pongan en riesgo su independencia como dirigentes institucionales.

Estas instancias de falta de ética periodística son las más gruesas pero, precisamente por eso, tal vez no sean las más frecuentes. Hay, en cambio, muchas otras formas, menos obvias, de faltar a la ética del oficio.

Una, por desgracia frecuente, es la manipulación de la información por ligereza o, lo que es más grave, por mala intención originada en prejuicios o conveniencias. Por ejemplo: dejar pasar hechos negativos o tolerar conductas inmorales o delictivas, callar algo que debiera denunciarse, atenuar faltas de unos y exagerar las de otros, ensalzar inmerecidamente a personajes de su simpatía y soslayar los merecimientos a los de su antipatía, y formular conscientemente juicios de valor dentro de las noticias. Los mecanismos de distorsión manipulatoria no son necesariamente las palabras,

lo que se dice o lo que se deja de decir. También lo son los sitios, las magnitudes y las frecuencias que se aplican a las noticias. En la prensa escrita, la ubicación del texto en la página, su tamaño, la manera de titularlo y hasta la ilustración son decisiones que rara vez se toman al azar y que, a veces, se definen para mermar o para inflar la importancia de un determinado hecho. En el periodismo radiofónico y audiovisual el tiempo de exposición, su orden y la prominencia (óptica o auditiva) cumplen comparables funciones de edición y se prestan a manipulaciones semejantes a las posibles en los medios impresos. En todos los casos, el lenguaje –incluyendo silencios, pausas, énfasis, adjetivaciones, etc.– es a menudo instrumento de manejo poco ético de la información.

En el momento presente se reconocen con preocupación en Bolivia dos factores que pudieran estar incidiendo en el deterioro de la ética periodística:

- Uno es la competencia entre diarios por el mercado, que ha llegado al punto de adjuntar regalos a las ediciones para ganar lectores. De esa competencia se teme que vaya a favorecer la exacerbación del sensacionalismo, de la trivialidad y de la espectacularidad, y que pueda –en un país sin muchos grandes sucesos cotidianos– hasta caer en el extremo de fabricar noticias cuando no las haya.
- El otro es la concentración de medios –oligopólica y, peor, si fuera monopólica–, de la cual se recela que pueda homogeneizar los criterios de la opinión pública en favor de intereses creados y que pretenda finalmente imponer al país la voluntad política de poderosas minorías.

A la mercantilización de la información no se la ve con buenos ojos y a la concentración de poder por propiedad de multimedios se la juzga perniciosa para la objetividad, contraria a la equidad y peligrosa para la democracia.

b) La idoneidad

El acrecentamiento de la idoneidad de los periodistas es también muy necesario para la potenciación de ellos en el desempeño del oficio. La

idoneidad no tiene que ver solamente con dominar las destrezas de la toma de datos y la redacción de las noticias. Tiene que ver con el mejoramiento de su nivel cultural en general y con el desarrollo de su aptitud para percibir en la vida de la sociedad diversos fenómenos, situaciones complejas y la insurgencia de nuevos actores y factores. En algunos círculos profesionales se teme que la formación que se da en la mayoría de las universidades en materia de comunicación no se amolde a aquel criterio más amplio ni tampoco ofrezca oportunidades suficientes de práctica adecuada en el aprendizaje del oficio.

Este temor pudiera tener asidero si se toma en cuenta que otro de los fenómenos de los últimos diez años en Bolivia ha sido el crecimiento desbordado de tales centros académicos de formación. Se estima que existen hoy por todo el país algo más de una docena de escuelas de comunicación, que albergan probablemente cuando menos a 7.000 estudiantes para licenciatura. Aun si la mayoría de ellas tuviera buenos programas, personal docente debidamente calificado y bien remunerado, literatura apropiada e instalaciones y equipos para prácticas, muchos de los que se llegaran a graduar en comunicación se preguntarían todavía dónde irán a conseguir trabajo al cabo de cinco años de empeños y sueños.

Más allá de lo académico, hace mucha falta que los periodistas en ejercicio se beneficien a menudo de talleres de perfeccionamiento y actualización, así como de seminarios de reflexión profesional. Las empresas, con el apoyo de las agrupaciones profesionales y gremiales, deberían fomentar y financiar, para su propio beneficio, esos programas de capacitación en servicio.

Pese a la existencia de un número excesivo de escuelas universitarias de comunicación, la mayoría de los reporteros de radios, diarios y televisoras son empíricos y esto significa, en no pocos casos, que trabajan con considerables limitaciones. ¿Prefieren las empresas contratar a esos empíricos para poder pagar bajos salarios? Si lo hacen, están practicando una falsa economía, pues conspiran con ello contra la propia calidad de sus publicaciones. Y no están contribuyendo a la jerarquización de la profesión, que es clave para sustentar sus ingresos.

Hay, a veces, concatenaciones indeseables en todo esto. La mala formación permite bajos salarios y éstos pueden tornar a algunos periodistas más proclives a caer en las fallas éticas enumeradas aquí al principio.

c) *La modestia*

Por último, el cultivo de la modestia es la otra cosa más que debemos hacer los periodistas para mejorar nuestro desempeño profesional. Es cierto que, por la naturaleza de nuestro accionar cotidiano sobre los pensamientos y los sentimientos de millares de personas, adquirimos algo de poder: el de influir en el comportamiento de la gente. Pero, en buena hora, no somos omnipotentes. Nuestros mensajes no tienen virtudes hipnóticas ni facultades mágicas. La gente nos lee o escucha selectivamente, aceptando unas veces nuestras ideas y descartándolas en otras. Median muchos factores decisivos entre lo que le digamos al público y lo que éste vaya finalmente a hacer. Gracias a Dios no somos “Big Brothers”. Así que, por lo menos en función de este hecho, no debemos ensoberbecernos ni desarrollar arrogancia o jactanciosidad.

Nuestro oficio es hermoso y crucial para mucho de la vida social, pero ello no nos autoriza a sentirnos jueces, padres o jefes de nadie. Somos solamente intermediarios de servicio al pueblo y vigilantes de sus intereses. No nos creamos, pues, nunca caudillos iluminados, reyezuelos o seres infalibles. Tal vez esta pregunta y su respuesta nos ayuden a hacer eso, a aprender –risueña pero sinceramente– a ser modestos, a trabajar con recato y humildad. Aquí van ellas:

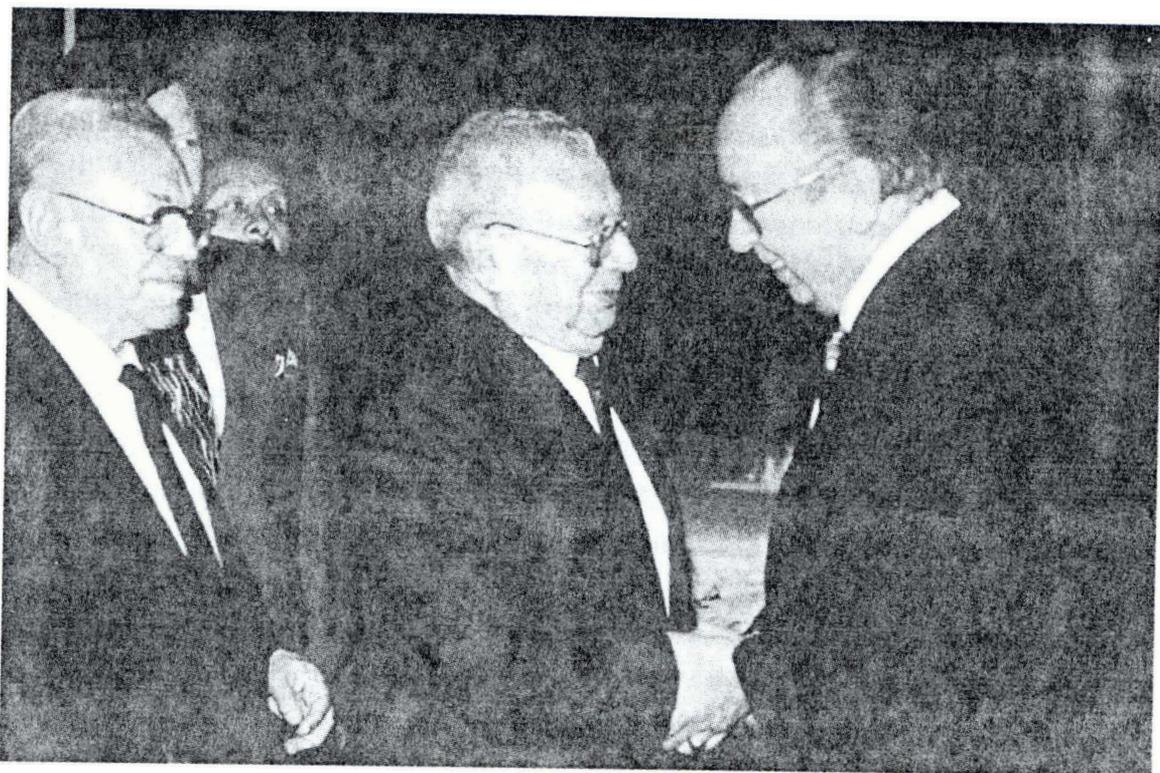
—“*¿En qué se diferencia Dios del periodista?*”

—“*En que Dios sabe que no es periodista*”.

Fe en la misión

Bien, ha llegado al fin el instante difícil para el comunicador: el de callar.

Solo añadiré, pues, para terminar, que aliento la absoluta certeza de que mis colegas, especialmente los jóvenes periodistas, van a habilitarse, pronto y a fondo, para cumplir su misión. La misión de ser los heraldos del renacimiento de Bolivia, los “chasquis” augurales que, en el pórtico del año 2000, anunciarán con júbilo ante el mundo la victoria final de nuestra impermutable patria.



Amigos y parientes acudieron también a abrazar al galardonado.

UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA "SAN PABLO"
UNIDAD CENTRAL LA PAZ



100055791

